

Reflexión Chestertoniana sobre Año Nuevo

Por Sebastián SALAZAR BONDY



Chesterton decía que cuando despedimos a l año viejo nos imponemos un a fuerte temporal, s proponemos una provisional imagen del fin para recapacitar, desde su atalaya, acerca de nuestra vida pasada. El objetivo — afir-

maba el escritor inglés — de las divisiones del tiempo ha sido siempre, y es aún, el de despertar a la gente. Esto es exacto. No tendría sentido haber creado los segundos, los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses y, al cabo de estas marchas forzadas por el incesante tiempo, los años, si no reparamos, ya en el límite ficticio, en plena "muerte temporal", en lo que nos debe la vida o en lo que le debemos a ella. Y el examen de ciencia y conciencia a que la fecha obliga no ha de reducirse, por cierto, al balance del negocio personal o familiar. Si el superávit rebosa en nuestra contabilidad material y moral, es preciso recordar que hay siempre un libro de caja más grande. Es el que registra el deber y el haber de la comunidad, a la cual nos vinculamos porque de ella, precisamente, procede nuestra prosperidad, nuestra singular satisfacción.

Situémonos, pues, en ese punto desde donde nos es posible divisar, como un campo llano, el estado de cosas de nuestro pueblo, aprovechando, para ello, de este corte convencional que separa 1960 de 1961 sólo para que tengamos una idea de que, aunque el tiempo sea infinito, las realidades tienen un término. No hagamos torpemente lo que hace esa ave de algún lugar de la tierra que construye su tibio nido con el producto del despojo que come sistemáticamente con otros nidos de sus congéneres. Para un pajarito más o menos exótico eso está bien, pero para el hombre — para el hombre que, además, se envanece de racional, culto, civilizado y cristiano — el caso tiene que resultar intolerable. Y, sin embargo, ocurre: no otra cosa que la expropiación del nido ajeno es toda forma de injusticia social. No se puede vivir en el boato metódico si la inmensa mayoría de los semejantes carece de lo indispensable para subsistir con dignidad propia de seres humanos. No se puede derrochar bienes en frivolidades y turbulencias vanas si lo que se dispendia — o se

guarda codiciosamente — hace falta, no para ser repartido, lo cual sería loca e inútil, sino para crear más fuentes de trabajo y bienestar destinadas a los muchos que nada poseen. No cabe bailar irresponsablemente cuando se incube la cólera, porque la cólera puede un día interrumpir violentamente el baile.

Más no es objeto de este artículo formular profecías si-
nistras. 1960 ha sido para unos cuantos un año bueno, tal vez un año excelente, y es cruel nublarles la soleada mañana del primer día de enero con pronósticos escalofriantes. Solamente apelan estas líneas a ese poco de advertencia y sensatez que tiene todo hombre, inclusive cuando, embarcado en su dicha, por un espejismo o, como diría un psicólogo, por una proyección de su persona, sólo ve dicha en torno y más allá de sí. Apelan, en verdad, a su instinto de conservación, que no es para la existencia poca cosa. El año que se ha ido ha dejado a las masas, pero más acentuadamente que antes, una huella de miseria, y una huella de miseria sin esperanza. ¿Causas? Son pocas, pero son, como decía Vallejo: Gobierno con los ojos puestos en un ábaco de pulpero, clase dirigente — esa que los que ahora la sirven la llamaban "la llamada" — en muchos aspectos entregada a su egoísta bonanza particular, estructuras sociales ruinosas apuntaladas por sus escasos beneficiarios, carencia de planes que afronten las crisis y, no sólo las superen, sino que las eliminen; componendas políticas disfrazadas de ideales... En suma, todo un orden deteriorado, de mente corta, de intereses tramados, de estéril futuro.

El límite entre el año que pasó y este que hoy comienza es una amable falacia. A lo que parece, todo continuará igual. O — ¡aplaca, Señor, tu ira! — será peor. Afortunadamente el hombre que creó las divisiones del tiempo inventó también los períodos de gobierno. Posteriguemos hasta ese Año Nuevo de julio de 1962 el balance que debiéramos haber hecho ayer a medianoche, sobre todo en lo que respecta al proyecto del porvenir que el pueblo aguarda. Que la presente "muerte temporal" chestertoniana no sirva para reflexionar que si el país ha sido sometido a una prueba — a una prueba más, puesto que el mal es antiguo — ella alguna vez terminará. Cumplamos, en tanto, el deber de soportarla hasta su previsible final.